

La dignidad de dimitir



Luis
Sánchez-Merlo

Cuando los elocuentes resultados de unas elecciones locales y regionales le dan al perdedor la oportunidad histórica de explicar que el paso por la política es un servicio público que exige retirarse con dignidad, resulta aún menos comprensible el golpe de audacia que se desprende de una decisión de laboratorio –en la que priman el interés personal y una vanidad imperturbable– adoptada de madrugada: convocar elecciones generales.

“Lo mejor es que tomen la palabra los españoles y se pronuncien”. Con esa frase, el presidente del Gobierno –que lleva seis elecciones perdidas en tres años– anunció el adelanto de las generales y reconoció la derrota electoral. Pero el perdedor convocante no puso el cargo a disposición del partido del que es secretario general. Los mal intencionados no tardaron en etiquetar el anticipo veraniego como una trampa escapatoria, en respuesta a una derrota aplastante, con el objetivo de pillar desmovilizados a los traviesos penitentes. Es decir, para amortiguar una debacle nacional, una huida hacia adelante, incluida la irrupción en las vacaciones de la gente y el riesgo de que los comicios estivales se salden con una abstención disparada.

Y la pregunta subyacente: ¿qué se puede esperar de quien no saluda al vencedor, no ha contado con su partido ni felicita a su único representante que gana por mayoría absoluta? Si buscaba el efecto sorpresa, lo logró. Incluso entre los suyos.

En distintos momentos de la restaurada democracia española se han tomado decisiones en que la dimisión fue la reivindicación de la propia dignidad de quien las tomaba.

“Hay momentos en la vida de todo hombre en los que se asume un especial sentido de la responsabilidad. Yo creo haberla sabido asumir dignamente durante los casi cinco años que he sido presidente del Gobierno. Hoy, sin embargo, la responsabilidad que siento me parece infinitamente mayor”. Quien, en 1981, explicaba así su dimisión era Adolfo Suárez, artífice de la Transición, destacando: “Un político que pretenda servir al Estado debe saber en qué momento el precio que el pueblo ha de pagar por su permanencia y su continuidad es superior al precio que siempre implica el cambio de la persona que encarna las mayores responsabilidades ejecutivas de la vida política de la nación”.

El paso por la política es una travesía temporal, que no depende de ansias ni de cansancios. Esto lleva a uno a preguntarse en qué medida la adopción de decisiones tan cardinales contemplan el interés de España, más allá del interés personal de quien las toma. ¿Y los de sus socios de la Unión Europea (UE)? Tratando de que no coincidieran las elecciones nacionales con el turno de Presidencia, los gobiernos europeos han ido pactando su programa de la Presidencia europea con los grandes partidos de oposición en su respectivo país, de modo que cualquier tipo de accidente político no tuviera consecuencias en su funcionamiento.

Incluso en algunos casos, como Alemania en 2002, se pactó un aplazamiento para evitarlo. No ha sido el caso de España donde no se ha pactado el programa con la oposición y se va a compatibilizar la condición de candidato en España con la presidencia de la UE.

Tras las primeras elecciones municipales de la democracia, con esta proclama: “hay que ser socialistas antes que marxistas”, en el XXVIII Congreso del Partido Socialista Obrero Español (21 mayo 1979), Felipe González

abandonó el marxismo como referente ideológico y dimitió de la secretaria general del PSOE: “Me van a permitir que les diga que yo reflexiono muy seriamente en la dimensión que tienen las cosas para nuestro partido, nuestra sociedad y para los problemas del Estado. Nunca he sido un junco que mueve el viento en la dirección que sopla, siempre he sido un militante de este partido por razones de moral o de ética socialista y nunca por razones de carácter político que pudieran separarse de esa ética socialista. Y si hago política perdiendo fuerza y razones morales, prefiero apagarlas. Porque no estoy en la política por la política, sino por un impulso ético, que no suena demasiado revolucionario, que no suena demasiado demagógico, pero que es lo que me mueve a hacer política”.

La era González

Los gobiernos de Felipe González optaron por modernizar España sin cuestionar el sistema económico liberal. Y a los críticos de su partido les dejó claro: “Les quiero decir algo muy serio, a mi juicio: esta Constitución es la que nos permite vivir en paz y en libertad”.

La responsabilidad que llevó a Felipe González a calzarse tres mayorías absolutas, de las cuales una que ninguno de los partidos dinásticos ha podido revalidar: diez millones de votos, 202 diputados.

El blanqueamiento que supone avalar el apoyo de una formación que lleva en sus listas electorales a quienes fueron asesinos, no ha sido asumible por quienes votaron en las pasadas elecciones.

El “cansancio” de votantes que no sienten que, con la oferta de la izquierda –por más propuestas sociales que haya planteado, no han compensado los destrozos institucionales– se estén solucionando los problemas, urge la puesta en pie de un proyecto de regeneración para un país que tiene una crisis institucional, económica, política y ética.

Un populismo sin sentido –que puede prometer cuanto se le venga en la cabeza– se ha apoderado de la agenda, hasta llevar la iniciativa, pero todo tiene un límite, como se ocupan las urnas de recordar.

El insulto es una táctica política que intenta poner en ridículo al que está enfrente, “si no puedes convencer, confunde”. Agitar la amenaza del fascismo ha pasado a ser la única garantía de resistencia. “Ahora toca aclarar las cosas y saber lo que quiere la sociedad. Si un presidente de España ‘al lado de Biden o al lado de Trump y Bolsonaro’”.

Siga atento, dilecto lector, a la cantinela del espantajo de la extrema derecha, que no dejará de sonar para intentar demonizar a los que no están en su barco. La lectura de la oposición más combativa –la que ha logrado mayorías absolutas– a la decisión de “someter el voto democrático a la voluntad popular”, adelantando los comicios, es una “rendición” del convocante, al encontrarse en un “callejón sin salida”.

A los votantes bajo la lluvia hay cosas que no les gustan, verbigracia, las alianzas con separatistas, extremistas y exterroristas y leyes mal desarrolladas, como la de protección a los animales, la ley “trans”, la de vivienda y especialmente la ley del sí es sí...que, al bajar las condenas a los acosadores, se ha convertido en una arma contra las propias mujeres amenazadas.

En resumidas cuentas, la conclusión es clara: no ha querido enfrentarse a una sublevación de su propio partido mientras preside el semestre europeo. Lo que delata un desequilibrio entre lo existencial y su soporte institucional. Un trampantojo.

Improvisación y osadía son vehículos cómodos para el aventurerismo compulsivo pero hace falta mucha dignidad y fortaleza para dimitir. Viene al caso un proverbio castellano: “A dónde irá el buey que no are”.



Pedro Sánchez al anunciar el adelanto electoral.